

Escucho gritos entre el tumulto y el ruido de las calles. La cotidianeidad los intenta ocultar, pero soy consciente de que están ahí. Me asusto pensando que se acercan. Que se alzan entre las voces de la ciudad, como si todavía no tuvieran la fuerza suficiente como para hacerse oír a todo el mundo.

Intento escapar, pero la gente me empuja. Los que huyen, mi familia, mis amigos, mis conocidos... Sus ojos están vendados, sus oídos tapados. Intentan tirar de mí, me arrastran y mueven de mi lugar. Me siento marioneta en manos de la indecisión. Los gritos se aproximan y empiezo a escucharlos con mayor claridad. De pronto, mi cuerpo se ancla al suelo. Ya no puedo moverme. No en la dirección que me marcan. Y es entonces cuando las veo. Ellas. Personas que gritan por la igualdad. Las que me alientan a revelarme contra la tela que cubría mis ojos, y me ayudan a destapar mis oídos adormecidos.

Empiezo a comprender, inmersa en la multitud, que no soy la única que se ha detenido, que observa entre el miedo y el deseo de dejar de avanzar en sentido contrario. Mis pies, inician una marcha lenta y constante, en la que me alejo sin darme cuenta de antiguos hábitos. De los empujones y la cotidiana silenciación. En mi avanzar, dejo atrás personas indecisas, a aquellas que siguen avanzando, pero miran hacia nosotras anhelando detenerse. Y me doy cuenta de que la ciudad no era como la había visto hasta entonces, pero que está en nuestras manos el cambiarla, el acoger a las personas que siguen ancladas, a las que escapan. Y grito. Escucho la voz que escapa de mi boca y se ensalza con el aire de mis pulmones. Y los gritos dejan de estar lejos para estar aquí.